

## PROBLEMAS Y POSTURAS LÓGICAS

### I

Suele hablarse de la lógica, en general, como una “ciencia del pensar”; cuando se trata de darle una definición se afirma que es “teoría de la prueba”, “propedéutica del pensamiento”, “arte de conducir a la inteligencia”, “canon del buen razonar”, etc. Y aunque estas y otras definiciones tienen algo verdadero de la lógica (por ello se dan como definiciones) el modo riguroso de caracterizarla es afirmándola como la teoría filosófica del pensamiento, lo cual podría condensarse en una breve definición: *la lógica es la filosofía del pensar*.

Sin embargo, para comprenderla debidamente es necesario indicar que el pensamiento es un acto con diversos aspectos y cada uno de ellos presenta un objeto de estudio para una ciencia, de tal modo que la variedad de problemas radicados en el acto del pensar origina la multiplicidad de ciencias que se encargan de estudiarlos. Entre éstas sólo una es la lógica, y su comunidad con las demás exige el cumplimiento de la siguiente norma: a cada problema del conocimiento corresponde una ciencia, y recíprocamente, cada ciencia del conocimiento maneja solamente uno de dichos problemas.

La anterior consideración lleva de inmediato a distinguir los factores y el producto del pensar; los primeros concurren a su producción temporal y subjetiva, considerada como un acto que se efectúa en un sujeto a través de un cierto tiempo; el producto se manifiesta como algo intemporal y transubjetivo cuando alcanza la propiedad de valor, que habrá de ocupar nuestra atención ulteriormente.

De acuerdo con lo anterior, distinguiremos los siguientes factores del pensar.

- a) Un sujeto donde se origina el pensamiento.
- b) Un objeto al cual se refiere el pensamiento.
- c) Un lenguaje que expresa al pensamiento.
- d) Un medio cultural que produce al pensamiento.

El análisis de estos factores permite apreciar el papel de cada uno en la génesis del saber. Su participación es indispensable para el acto del conocimiento y la respectiva intervención deja una huella en el producto mismo, de tal suerte que cuando la lógica observa el hecho de conocer, encuentra la derivación de dichos factores y su inevitable entrecruzamiento, produciendo una serie de conflictos que deben despejarse para la correcta conducción del problema.

La lógica se ocupa del conocimiento, pero no es la única en hacerlo, y para distinguirla específicamente hay que señalar al objeto que le atañe: la

verdad. Por razones que no es necesario explayar ahora, la lógica ha de considerarse perteneciente a la filosofía, de lo cual la definición primera subsistirá indicando que es la disciplina filosófica encargada de explicar la verdad contenida en el pensamiento. La idea anterior puede reiterarse en los siguientes términos: *la lógica es la filosofía de la verdad*.

Partiendo de la indicación que hemos hecho sobre los factores del conocimiento —sujeto, objeto, lenguaje y medio cultural— se comprenderá el estudio de las ciencias correspondientes.

a) El sujeto pensante efectúa en su fuero interno un proceso individual que estudia la psicología, referida al acto del conocer. Tiénese de esta suerte a la *psicología del conocimiento*. De un modo más amplio existe una derivación que se encarga de estudiar el estilo pensante de los pueblos y que podría denominarse *psicología social del conocimiento*. Esta última sostiene relaciones directas con la sociología.

b) El objeto al cual se refiere el pensamiento se ha manejado por conducto de la metafísica, concebida como una “teoría del ser”, y por la vía científica a través de las ciencias experimentales. En ambos casos se quiere obtener una explicación de la realidad, pero mientras el primero —metafísica— lo intenta por el camino especulativo de la razón, el segundo —ciencias particulares— emplea el conducto verificativo de la experiencia.

c) El lenguaje se aborda, en general, por una ciencia como la gramática, ocupada de especificar las reglas de estructuración para el lenguaje. Sería en este caso una *gramática del conocimiento*, capacitada para resolver las cuestiones lingüísticas que se relacionan directamente con el pensar.

d) El medio cultural es siempre un medio social y por ello se manifiesta como objeto de las ciencias sociales, que son de la más diversa índole: economía, historia, antropología, sociología propiamente dicha. En este caso dan origen a una ramificación como la *sociología del conocimiento* para llevar a cabo su tarea.

Las ciencias mencionadas afirman el desarrollo propio en cada una de sus ramas, pues las diversas motivaciones que presenta el estudio del conocimiento encuentran una expedita vía resolutive en las disciplinas correspondientes. Sin embargo, para que esta comunidad de investigación no resulte adversa, es indispensable mantener la relación propia de cada ciencia, referida al objeto que le atañe. Cuando éste logra mantenerse correctamente, las ciencias aplican sus leyes al terreno propio, de lo cual se conoce al método como *autónomo*. Lo contrario es la utilización de la ciencia en un problema que no le corresponde, cometiendo así el error de la *heteronomía*; este concepto denota, según está dicho, la forzada aplicación de un principio a cierto objeto donde no tiene cabida. De ello se hablará oportunamente con mayor extensión; por ahora baste indicar la necesidad de un mutuo respeto entre las ciencias que concurren al estudio del conocimiento —como en general, a cual-

quier problema—, lo cual interesa no únicamente para mantenerlas en su sitio, sino también para evitar confundirlas con la lógica.

Además de dar origen a las ciencias correspondientes, la presencia de varios factores en el conocimiento es la causa principal de que haya diversas posturas en la lógica. Existe otro motivo, como es el tipo de sistema filosófico al que pertenece cada doctrina, estableciendo un paralelo entre lógica y filosofía; por ejemplo, a un sistema realista o a uno idealista corresponderán lógicas de igual orden. Pero esta observación queda momentáneamente al margen para dirigirnos a las clases de lógica que se producen a partir de los factores mencionados.

En términos generales, provienen dichas clases de confundir alguno de los factores con el producto, sustituyendo al problema de la verdad, único realmente privativo de la lógica, por el específico de la psicología, la sociología, etc. Trátanse, pues, de heteronomías que deben considerarse como una desviación del método correcto, a pesar de lo cual han llegado a desempeñar un importante papel que, aun no siendo definitivo para su aspecto central, refuerzan el conocimiento genérico del pensar, que además del tema lógico presenta otros: psicológico, ontológico, gramatical, sociológico. Estos concurren a él y lo determinan desde su plano. Es indispensable una breve mención de sus ideas.

a) El tipo de posturas que se remiten al mecanismo psíquico del pensar integran una familia que se conoce con el rubro común de *psicologismo* y tiende a la captación del proceso interno del conocimiento.

b) Las corrientes que ponen la tónica en el objeto propenden a considerar la existencia de "cosas en sí", tomadas como un ser que escapa a la relación funcional del conocimiento. Éstas son posturas *ontológicas*, y afirman la dependencia del conocimiento con respecto al objeto.

c) Los sistemas que adoptan a la expresión verbal como problema dan origen a la tendencia *gramaticista*, ampliamente difundida y en la cual los asuntos lógicos se reducen, consciente o inconscientemente, a cuestiones del lenguaje.

d) Por último, la cuarta orientación considera básicos a los factores sociales del conocer, y aunque su aparición es menos común, no por ello ha dejado de figurar con bastante frecuencia. Hay lógicas de raíz *economista*, *sociologista*, *historicista*, *antropologista*, que influyen considerablemente en ciertas concepciones.

Aunque ninguna de las cuatro familias desemboca en el problema central del conocimiento, participan de manera notable en su integración, ya sea positiva o negativamente.

La desviación más sutil y frecuente de la heteronomía es la que contiene una atribución psicológica del pensar, mediante la radicación del conocimiento en el pensamiento y en la interioridad del sujeto que lo produce. Por regla

general se desenvuelve en una descriptiva que corresponde a las diferentes fases del proceso cognoscitivo; puede adquirir dos matices, uno tenue, que consiste simplemente en referir los asuntos de la lógica a la psicología, y otro drástico, que pretende someter íntegramente a aquélla, convirtiéndola en uno de sus capítulos. Así se origina la confusión entre lógica y psicología del pensar.

Entre ambos matices, el tenue y el drástico, hay un gran número de tintes intermedios que varían según el grado de relación y dependencia que suponen dichas disciplinas. El error elemental consiste en nombrar como lógico a lo psicológico y, sin mayor resguardo, se le denuncia inmediatamente en su calidad subjetiva, mediante la descripción de las facultades intelectuales. Hay otro, en cambio, mucho más sutil, que no se dirige ingenuamente a las cuestiones psíquicas, sino que aborda problemas de la lógica pero trata de resolverlos por la vía subjetiva. La postura general se denomina *psicologismo* y el sistema que deriva de ella se conoce como *lógica psicologista*.

Para salvaguardar a la lógica de este error, bastará tener presente la radical distinción entre el problema objetivo y subjetivo, afirmando al primero como base para una teoría filosófica, es decir, axiológica, que explicará la verdad del conocimiento abstrayendo los factores circunstanciales que concurren a su producción. El mantenimiento del distingo permite superar la desviación que proviene de confundir al problema teórico y objetivo con uno subjetivo, como es el proceso donde tiene origen. El tema lógico se circunscribe a la validez del conocimiento, mientras que el psicológico se orienta a la génesis del pensar. La confusión proviene de tomar al proceso como asunto de la lógica y, lo que ahí deriva, de imponerle sus principios, con la inevitable dependencia que adquiere la primera en relación a la segunda.

Hay que admitir, pues, a cada uno de los problemas en el ámbito que le corresponde, dejando la cuestión genética a la psicología y concediendo a la lógica una intervención inalienable en su propio temario. A mayor abundamiento conviene referirse brevemente al proceso interno del pensamiento y, conociendo sus fases operantes, se comprenderá la conexión que pueden tener

La distinción entre pensamiento y conocimiento pueden condensarse: con la lógica.

PENSAMIENTO	CONOCIMIENTO
Subjetivo	Objetivo
Temporal	Intemporal
Espacial	Inespacial
Concreto	Abstracto
Singular	Universal
Irrepetible	Permanente
Es	Vale

Con lo anterior queda perfectamente clara la base autónoma indispensable para avanzar en el estudio de la lógica.

## II

Al abordar el mecanismo psíquico del pensamiento se llega a la intervención de la sensibilidad en cuanto vehículo natural de comunicación con el mundo externo, pues da la forma de percibir a los objetos y de enterarse de ellos. La gran importancia que tiene el ducto sensible en el psiquismo ha permitido una doctrina que acentúa la participación intuitiva, aferrándose al flujo vital de la conciencia, al grado que en su extremo abjura del saber racional, considerándolo ficticio y proponiendo en vez de él un tipo de "conocimiento" que parte igualmente de la sensibilidad, pero se le cree elaborado por una acción directa que no reclama las fases analíticas del racionalismo, sino que tiende a proyectarse en los objetos para captarlos tal como se dan. Este "conocimiento" es denominado *intuición* y ciertos autores la defienden como un método de filosofar. La postura que la propala se conoce como *intuicionismo* y en ella el problema del conocimiento se levanta a partir del intuicionismo lógico.

El origen de esta doctrina se halla en lo que llamamos *vivencia*, que es el flujo natural de la vida consciente; los momentos sucesivos que resultan en su transcurso se conocen como vivencias. La intuición es la facultad subjetiva de producir a la vivencia; recíprocamente, la intuición es fuente de vivencias. Lo intuitivo es una facultad espiritual y puede compararse a la potencialidad del pensar, cuyo resultado son los pensamientos.

La disposición espiritual que origina a la vivencia consiste en situarse frente a la realidad para captarla por medio de la sensorialidad y dirigirla internamente a la facultad intuitiva, que suele estar localizada preferentemente en el interior sensible, esto es, en la emotividad. Cada objeto da un conjunto de sensaciones que arrojan su testimonio, el cual no se limita a una captación primaria, sino que llega a introyectarse en la vida consciente hasta afectar sus más íntimas fibras. De aquí proviene la reacción emotiva de simpatía o antipatía en la que se funda la progresividad fluidica de la intuición, el conocimiento se hace depender de una afinidad entre el mundo y el Yo; mientras más clara es la vivencia, más nítidamente se constata al objeto y parece más firme la experiencia del mundo, con lo cual se obtiene la base del conocimiento. De modo contrario, la repulsa del sujeto para el mundo no hará más que provocar un choque emotivo que repercute en confusiones espirituales, sin que la razón pueda intervenir decisivamente para evitarlo. Tal es la base en que el intuicionismo ha pretendido fincar una lógica, evadiendo el problema de la axiomatización conceptual que ha seguido la ciencia moderna.

El nexa que se establece entre la vivencia y el método fúndase en el

concepto de la lógica como propedéutica, esto es, como disciplina formativa del pensar o como aplicación técnica a las ciencias. La doctrina que ha adoptado este criterio tiene un fuerte matiz pragmático y estima el rendimiento del pensar en la medida de su aplicación concreta. Una variante de dicha postura la presenta como un medio subjetivo de impulsar al saber; se trata de un psicologismo formativo, inspirador de las doctrinas que consideran a la lógica como "arte del pensar" y recurren al principio económico del mínimo esfuerzo.

Este psicologismo se funda en la posibilidad de intuir la existencia del objeto, así como en las reacciones individuales internas. Su tesis puede manifestar una tendencia de predominio objetivo y entonces reflejará la concepción de la verdad como una verificación de la imagen en el objeto, según la identidad emotiva que registre el espíritu en relación al mundo exterior, o bien adoptará un carácter práctico, fomentando el desarrollo de las facultades captatorias, como la perspicacia, sensibilidad, retentiva, agudeza, agilidad, etc. Su reiterada aplicación desenvuelve, de acuerdo con este criterio, la posibilidad de conocer.

La dualidad en las fases de la vivencia —interna y externa— da cauce a dos posiciones que se reflejan en sendas formas sapientes y tipos psicológicos del filosofar que, a fin de cuentas, son relativos. Nunca podrá existir una vivencia interna sin el complemento exterior, y recíprocamente, no habrá constatación de la realidad sin la vivencialidad interna. Lo que sucede es el predominio de alguna tendencia como resultado de cierta inclinación natural en el investigador; su constitución psicológica le impele a una entrega total en el mundo insular e inalienable de la conciencia, que le asegura una fuente de vida a salvo de la efímera y evanescente exterioridad del método racional.

El predominio de la vivencia interna se denomina *introversión* y el prevailecimiento de la vivencia externa se conoce como *extroversión*. Lo importante y significativo en cada caso es su efecto para el cultivo de las ciencias, a la extrospectiva, y recíprocamente. Comprender la raíz psicologista explícito en la elección del objeto como en el método para investigarlo. Así, por ejemplo, disciplinas puras como la matemática y la filosofía exigen una actitud introspectiva, en tanto que la inquisición del mundo externo en las ciencias naturales requiere primordialmente de una proyección extrospectiva. Como facultades anímicas pueden desarrollarse ambas —introversión y extroversión— al más alto grado y en el primer caso habrá una concentración absoluta que retrae al individuo en la meditación de sí mismo, mientras que el segundo desenvolverá de preferencia la sensibilidad que le permite captar agudamente las cosas que lo rodean. La psicología estudia con amplitud la caracterología que circunda a cada uno de esos tipos, a veces como contrarios y aun antagonicos en su respectivo desempeño; la vocación introspectiva eliminará

cará un gran número de posiciones lógicas y genéricamente filosóficas que se han producido como efecto respectivo de la introversión o la extroversión.

El conocimiento de la realidad parte de la experiencia sensible mediante el acto vivencial, que es esencialmente flúido, continuo y temporal. A partir de ese acto quiere el pensamiento llegar a leyes universales y abstractas; universales, por cuanto anhelan valer inexceptionalmente, y abstractas, porque han despojado a las cosas de un cierto número de propiedades y en último término —todo esto según el intuicionismo— las convierten en ficciones inventadas por el hombre para explicarlas esquemáticamente. Pero la abstracción, en vez de comprender a la realidad, la deforma y altera, mutilando el influjo que tiene el mundo en la emotividad de la conciencia. El método racional dispersa artificialmente la unidad del objeto, repartida en tantas secciones como puntos de vista se aplican a conocerlo; el hombre impone sus ideas en el conocimiento de las cosas en vez de dejarse llevar por ellas. En cambio, el intuicionismo afirma que la verdadera relación del conocer va del mundo exterior al hombre y no del hombre al mundo exterior. Sólo dejando fluir la vivencia tal y como es dada, se puede captar auténticamente a la realidad.

El intuicionismo no se comprendería en forma aislada, porque se originó como una reacción en contra del racionalismo. Por su parte, éste empéñase en refutar la posibilidad del conocimiento intuitivo y rechaza en forma terminante la tesis intuicionista, velando por la objetividad del conocimiento y su verificación en las disciplinas científicas mediante la rigurosa secuela demostratoria que impone el método de la prueba. De ahí se formó el antagonismo entre lo racional y lo intuitivo, que ha prosperado secularmente a través de una serie de luchas, acentuándose en vez de atenuarse con la discusión de sus argumentos; tal vez nunca como ahora pareció la intuición tan alejada del racionalismo, por virtud del extremo a que se llegó en sus respectivas doctrinas.

Resulta evidente que los puntos de vista del intuicionismo y el racionalismo se oponen. Las doctrinas con un sentido definido pronúncianse habitualmente en forma antagónica y afirmando a una se excluye a la otra; sus principios se refutan, el criterio de vérdad para el racionalismo supone todo un tren demostrativo, cadenas conceptuales y dilatadas experiencias de laboratorio, en tanto que para el intuicionismo la auténtica verdad es identificarse con las cosas y vivirlas plenamente, captando el flujo ininterrumpido de la existencia a través del tiempo.

Pero en este caso, como en muchos otros, el antagonismo se desvanece al comprender el papel de cada bando en la evolución del conocimiento. ¿Por qué el hecho de conocer racionalmente a los fenómenos habría de excluir a su vivencia? Un sabio en cuestiones marinas no está impedido de ir al mar ni ello destruirá su fundado saber; asimilará una vivencia que le pone en contacto con su objeto en una forma distinta a la que estaba acostumbrado. Por

su parte, el nativo de la costa no tiene prohibición para documentarse acerca del mundo marítimo que está habituado a ver y vivir. Los dos hechos, evidentes de por sí, no han recibido la correcta apropiación por parte de los filósofos, cuya unilateral miopía origina el antagonismo a que nos referimos. Grandes y notables pensadores incurren continuamente en ese error, que puede evitarse admitiendo al saber racional y al mismo tiempo a la vivencia, no únicamente como posibilidades aisladas, sino como piedras angulares del saber, coimplicantes e indispensables en la integración del conocimiento; la vivencia constata presencialmente a la realidad, y la razón explica lógicamente al ser conceptual del objeto.

La conciliación de intuicionismo y racionalismo se funda en que tanto lo racional como lo intuitivo requiérense para el logro del conocimiento. Cada uno tiene un papel, que es necesario respetar, pues sólo su unidad determina íntegramente el acto del conocer. La mera intuición no puede ejecutarlo, limitándose a la contemplación del objeto, a tenerlo presente y recibirlo por la sensibilidad para representar interiormente su imagen; pero representar no es conocer, puesto que el conocimiento es explicación de las cosas y no su vivencia. Por otra parte, el pensamiento no llega por sí solo a la obtención del saber; su facultad explicativa requiere de una fuente que pueda presentarle los elementos para juzgar, y esta fuente no es otra que la intuición, ya sea externa o interna, según que el objeto radique en el mundo exterior o figure como un hecho de conciencia. El pensamiento es la determinación de un objeto, pero supone previamente la constatación del mismo, ofrecida por la intuición. Así, pues, lo intuitivo y lo racional se requieren mutuamente; lo primero, como captación del objeto, y lo segundo, como su explicación. De ahí se ha dicho que la intuición sin el razonamiento es muda y la razón sin la intuición es ciega —Kant—. La facultad de conocer desenvuelve simultáneamente los órganos del percibir y el expresar, que simbolizan paradigmáticamente a la intuición y al razonamiento objetivo.

Concluyendo, la intuición es esencial para conocer, no porque ella misma sea conocimiento, sino porque le brinda su material. Todo conocimiento principia con una intuición: el contacto con el objeto está dado en la vivencia, desde el acto elemental de contemplar a un objeto que se brinda espontáneamente, hasta la elaboración superior del pensamiento, como sucede en la concatenación abstracta de las matemáticas. Hay siempre un elemento sensible e intuitivo que puede ser la forma del objeto, espacial y temporalmente dirigida a los sentidos, o la suprema intuición espiritual que promueve y guía al razonamiento, develándole el secreto para encontrar cada vez algo nuevo, más allá del enlace lógico de los conceptos, o mejor dicho, en la posibilidad de consumarlo y refrenarlo ilimitadamente. Así, la intuición constata las cualidades patentes, como la forma espacial muestra las propiedades físicas que se denuncian, los instrumentos de laboratorio, o bien inspira el chispazo genial

del investigador que de pronto concibe la solución de sus problemas. En todo ello cumple la intuición un indeclinable cometido: intervenir a la sensibilidad en el acto del conocimiento. No puede omitírsele, pero reconocer sus fueros no ha de repercutir en el menosprecio de la racionalidad, sino antes bien, servirá para hacerla más firme y, sobre todo, más fecunda.

### III

La investigación lógica —así como el trabajo intelectual de toda especie— desarróllase por medio de una concepción unitaria que recibe el nombre de *postura o posición lógica*, denotando la necesidad de un enfoque sistemático para comprender sus diversos problemas. El carácter sistemático de la postura exige la integración de una multiplicidad de problemas en el seno de la unidad metódica que permite arrancar de un tronco general hacia las diversas ramificaciones que, de otro modo, quedarían dispersas y sin la debida justificación.

Empero, que existan diversas posturas no debe provocar un estéril antagonismo en sus ideas; estéril, decimos, porque el tipo de rivalidad que proviene de la incomprensión tendrá que serlo desde el momento que no busca la conciliación de las tesis, afirmando, por lo contrario, un infructuoso divisionismo que proviene de la impermeabilidad recíproca, en vez de superarla a toda costa. Considerando que la toma de postura resulta indispensable para la dirección del trabajo, es de tener en cuenta que las posiciones lógicas y filosóficas han de ser entendidas como fase de integración en el sistema general de la filosofía, receptáculo donde se vierten las doctrinas históricamente dadas, en busca de su cabal unificación y tendiendo a captar las ideas como efecto de una raíz lógica establecida en el eje medular de la reflexión e integrada por elementos cuya resultante es la inexorable presencia de las posturas mismas, la vigencia de cada una y la sucesión que presentan en la historia. Del surgimiento que tienen de una fuente común proviene la compatibilidad que se manifiesta al considerarlas estructuralmente, y su conciliación adquiere la modalidad de un simple ubicar a cada postura en su sitio, en un marco unitario y hasta quedar comprendidas como parte de un sistema.

La concepción anterior se sintetiza en la idea que las posturas lógicas son fases o momentos integrativos de un sistema que se pronuncia a través de la historia. La indicación de su evolutividad obsérvase en el doble sentido que tiene el concepto de lo histórico. El primero es en cuanto sucesión temporal, concepto corriente de la historia, concebida como huella depositada en el pretérito. Hay que agregar la determinabilidad del pensar a resultado de las circunstancias que confluyen en cada época y caracterizan un modo de ser que se ha llamado el "espíritu del tiempo", designando al ser del espíritu que se manifiesta en un momento histórico. Las ideas lógicas entroncan

en el gran ramal en la filosofía, que a su vez constituye un derivado con respecto al ser de la historia en la manifestación de la existencia. Ésta es la raíz de la lógica en la filosofía, y de ella, a su vez, en el tiempo a que pertenece.

El segundo concepto de la historia denota diversos grados de validez que provienen de una categoría implícita en el valor, como es la relatividad, y su contrapolo, la progresividad. Lo relativo del valor indica que toda realización humana es imperfecta, por más acabada que se le suponga; la tendencia a superar esta relatividad lleva al progreso. De aquí se desprende lo histórico en tanto sucesión de grados de verdad que van superándose unos a otros a medida que avanza el pensamiento en la dimensión evolutiva, obedeciendo a la imperfección de cada uno y la necesidad de que ellos mismos progresen a medida que logra el pensamiento su integración.

La historicidad de las posturas lógicas se relaciona inmediatamente con la historicidad de los sistemas filosóficos, lo cual se comprende no sólo porque la lógica sea una rama de la filosofía, sino porque en cierto modo es determinante de la filosofía misma.

Considerada la multiplicidad de las doctrinas, la correcta posición frente al problema lógico —así como en general frente a cualquier problema— estriba en llegar al plano de unidad que permite observarlo en sus variados aspectos, trascendiendo el estado preliminar y fragmentario mediante un concepto que, a la vez de satisfacer el requisito de unidad, llegue a la idea integral y omnicompreensiva, con una virtud de permanencia que supere la mutabilidad y contingencia de dichos aspectos para afirmarse en una continuidad que incluirá a las etapas anteriormente dadas y a las que se formen ulteriormente.

Una tal posición tiene este doble carácter: funda la unidad de los problemas y propende a la universalidad de su conjunto. Por lo primero le llamaremos *sincretismo*, designando la virtud de captar unitariamente a las diversas posturas. Por lo segundo, contiene el origen de las doctrinas particulares y las comprende genética y teóricamente, en relación a su temática permanente, en cuyos términos afirmaremos que se trata de una posición *metódica*.

Así adoptamos una postura que designaremos con el nombre de *sincretismo metódico*; por su conducto ha de intentarse la reflexión, sin riesgo de agotarla en ninguna de sus ramificaciones, así como tampoco en las interferencias heterónomas y ajenas al conocimiento mismo.

#### IV

Para despejar adecuadamente el campo de la lógica es necesario indicar el origen de las posturas y explicar su nutrido acervo, procurando reducirlo a la

indispensable unidad que reclama el edificio lógico. La variedad de posturas obedece a dos motivos. El primero es la integración sistemática del conocimiento, en las tres vertientes que hemos dicho —empirismo, racionalismo y dialéctica—, dando cada una un aporte a la realización del sistema científico. Sus reclamos se pronuncian por virtud de la experiencia y en relación a los términos de realidad, idealidad y síntesis en los que se constituye. Subrayaremos, sin caer en la insistencia, que los tres determinantes corresponden por derecho a la investigación y son indispensables para formar el conocimiento; concurren al pensar y lo determinan según el influjo que tienen en su respectiva esfera, de acuerdo con el terreno lógico que las ampara.

El segundo motivo, en cambio, proviene de factores ajenos al conocimiento objetivo. Aquí ya no se trata de facetas lógicas del pensar, sino de la matriz generadora que desaparece cuando surge la predicación. Para mayor claridad retraeremos el distinguo del conocimiento y sus factores, con la diferencia de pensamiento y conocimiento que se ha establecido. Hay las *posturas lógicas* propiamente dichas y las que conoceremos como *posturas extralógicas*. En ambos casos, la existencia de una posición obedece a mirar solamente alguna parte del problema, ya sea en el orden lógico-teorético o el genético-temporal, que corresponde a los factores extralógicos del conocimiento.

El primer tipo de posturas reporta la integración objetiva del conocer y por ello se les puede admitir como participantes en la lógica; no violentan el principio de autonomía y mantienen la decisión de aceptar al conocimiento predicativo como arranque para su estudio. Las posturas de tal clase resultan justificables siempre y cuando no se las considere reñidas entre sí, ni tampoco se las tome como definitivas o preponderantes, sino colocadas en su sitio y funcionando mancomunadamente a merced de una visión omnicompreensiva del sistema, que relativizará a cada uno de los problemas parciales. La segunda clase de posturas no puede ser igualmente justificable, pues se trata de disciplinas externas a la lógica, que tratan de colarse en su interior al amparo de un equívoco que confunde al problema genético y al axiológico intemporal. Este caso no es el de una toma de posición en la lógica misma, sino de una intervención extraña que pretende ejercer en términos de heteronomía, por lo cual ha de ser definitivamente combatida.

El arranque para la adquisición del conocimiento se da en el contacto del pensar con el mundo de los objetos, originando un proceso donde el pensamiento se destina a conocerlos y, recíprocamente, éstos se dan como objetos de conocimiento para el pensar. Dicho proceso en cuanto acontecimiento espacio-temporal tiene lugar en un sujeto pensante; su descripción ha originado la "fenomenología del conocimiento" que fue tomada erróneamente por lógica, ya que, en último término, corresponde al campo de la psicología. Supuesto dicho examen por el análisis del proceso cognoscitivo, nos referimos al efecto

que tiene en el producto del conocer, sobre los argumentos de valor intemporal que hemos esgrimido y que permite distinguirlo del proceso y sus factores.

A mayor abundamiento de la distinción, designaremos al continente de la verdad como *experiencia lógica*; se podrá llamar también *experiencia cognoscitiva*, *experiencia epistemológica*, o simplemente *experiencia*, entendiendo en ella al contenido que arrojan los factores del conocer, una vez que su participación ha cesado como determinante real.

Los elementos constitutivos de la experiencia —realidad y razón— determinan una *síntesis* que reporta su objetividad. Así se forman los tres vértices que participan de modo legítimo determinando las tres grandes posturas lógicas. Para comprender su significado es necesario llegar a una concepción de la idea directriz que tiende a unificar su respectiva función, estableciendo la unidad de la experiencia; la necesidad de los tres elementos hace que su problemática no pueda sujetarse aisladamente a ninguno de ellos.

Por su importancia, esta idea exige condensarla en los siguientes apartados:

a) La producción del saber obedece a dos factores originales, que son el objeto conocido y la razón cognoscente.

b) La existencia de una relación da origen a un tercer elemento, que es la unidad o síntesis del conocer.

c) A cada uno de dichos elementos corresponde un tipo de posturas lógicas que reciben el nombre de empirismo, racionalismo y dialéctica, respectivamente.

d) La experiencia es un continuo transitar por sus posturas, según la trayectoria y el momento lógico de la investigación.

Dicho concepto reporta, por el lado histórico, la síntesis de empirismo y racionalismo, que se opera en la filosofía dialéctica del siglo XVIII, principalmente en la obra de Kant. Una tal síntesis se funda en el aporte que de propio derecho corresponde a cada una de las posturas mencionadas, ya que arraigan en la obra científica. El empirismo afirmase en los datos de la experimentación y tiende a obtener leyes generales; a él se debe el aspecto innovador del conocimiento. Inversamente, el racionalismo proclama el alejamiento de la experiencia y se remite a la esfera del pensamiento puro, donde procede a base de operaciones analíticas que consisten en derivar un conocimiento de otro en el cual se halla previamente contenido.

A partir de esta consideración se dará comparativamente el dilema de ambas posiciones.

EMPIRISMO	RACIONALISMO
Real	Ideal
Sintético	Analítico

Experimental	Racional
A posteriori	A priori
Contingente	Universal

Con lo anterior resultará comprensible la idea general del conocimiento; proclama la necesidad de la experiencia porque solamente ella puede comprobar las afirmaciones del entendimiento y verificar concretamente sus asertos, que deben aspirar a la categoría de leyes necesarias, sin lo cual no había en rigor un auténtico saber.

La primera posición —empírica— obtiene los nuevos conocimientos mediante la confronta del pensar con la experiencia, de la cual toma nota continuamente, pudiendo incorporar a cada uno de sus problemas para indagar la ley que deberá explicarlo.

La otra dirección —racionalista— es en cierto modo contraria, pues en vez de dirigirse al mundo externo se cobija en la especulación racional para obtener el conocimiento puro y salvaguardar los defectos de contingencia y mutabilidad que son trascendidos por la reflexión pura, especialmente por la ciencia de los números.

La vocación matemática es una de las más definidas y quien se dedica a ella muestra inalienable pasión por el pensamiento abstracto. Su mayor deleite consistirá en observar cómo se suceden unos a otros los conceptos, en una concatenación interna basada en la derivación de los juicios entre sí, descansando unos en otros más remotos, que se postulan para fijar el sentido de la predicación, por lo cual reciben el nombre de *postulados*. El pensamiento puro se da en la cadena de conocimientos que arrancan de la máxima generalidad y permiten la obtención de diversas conclusiones.

La simultánea existencia de esas dos vertientes, en apariencia antagónicas, no ha sido un impedimento para que se desenvuelvan en paralelo al avance de las ciencias correspondientes. Si el pensamiento matemático se hubiera estancado, podría creerse que la lógica deductiva frenaría también; pero evolucionando el primero no habrá por qué detener su marcha la segunda, puesto que su obligación es constatar la validez del saber en que se apoya. Y relativamente a la ciencia de la naturaleza, creemos que no hay duda sobre el enorme progreso que ha registrado, penetrando en campos que habían permanecido fuera de la incursión humana y descubriendo mundos donde rigen leyes distintas de las que habíamos conocido. Por otra parte, este adelanto no ha sido meramente teórico, sino fundado en experiencias y verificado plenamente en ellas, al grado que su comprobación puede considerarse como la conquista de otras esferas conceptuales que se incorporan a la égida del pensar y que hasta ahora le habían permanecido ajenas.

## V

Las posturas lógicas resultan de la síntesis autónoma del conocimiento y consisten, por regla general, en trabajos que conciernen al elemento de la experiencia cuya influencia reciben —ser, pensar, unidad— sin conculcar la autonomía del método. En cambio, las posturas extralógicas provienen de acogerse a un factor concurrente al hecho del conocer, pero ajeno a la síntesis misma, y se pronuncian con un afán originalizante que tiende a desenvolverse en teorías pretendidamente nuevas que, por principio de cuentas, optan por romper con la fiscalía científica y tienden a destruir el requisito objetivo del pensamiento para justificar su pretendido originalismo. Las hay que llegan a extremos verdaderamente lamentables, denegando la posibilidad de todo conocimiento, como el escepticismo, o la validez efectiva del pensar, como en el irracionalismo.

Las principales posturas extralógicas se han desenvuelto en correspondencia a los cuatro factores externos del conocimiento y participan de igual pretensión para someterlo. Dichas posturas son, *a)* Psicologismo. *b)* Ontologismo. *c)* Gramaticismo. *d)* Sociologismo. La correspondencia con el factor de origen se establece en el siguiente cuadro:

FACTOR EPISTÉMICO	POSTURA EXTRALÓGICA
Sujeto pensante	Psicologismo
Objeto conocido	Ontologismo
Lenguaje predicativo	Gramaticismo
Medio ambiente	Sociologismo

De cada una haremos breve caracterización.

Considerando la inexorabilidad del proceso psíquico, el equívoco psicologista proviene de confundir al conocimiento con el proceso en el cual tuvo origen. No hay necesidad de extenderse mayormente para exponer el error que surge al creer que la descripción del hecho cognoscitivo puede ser objeto de la lógica. Una confusión tan elemental parecería imposible, mas se ha dado repetidas veces y en posturas de significación. Encuéntrase como norma en una corriente renombrada, como el empirismo psicologista, florecido en Inglaterra durante el siglo XVIII y que todavía encuentra una prolongación en los trabajos que procuran un análisis del entendimiento.

La crisis del siglo XVIII afirmó a la ciencia frente a la filosofía teórica y ello tuvo gran repercusión en la lógica, que se mantuvo fiel al dictado de la ciencia frente al desenfado especulativo del idealismo, donde recobró su preponderancia un tanto abstractiva. Pero una vez que el rendimiento de esta lógica llegó a su nivel máximo, fue necesario volver a la experiencia para

encontrar nuevas perspectivas, siendo una de las principales la psicologista, que envolvió al pensamiento en cierta pretendida vitalidad que parecía rescatarla del esquematismo. Convirtiéndose en una especie de anatomía o fisiología del pensar, queriendo descubrir las posibilidades de establecerse como una mecánica espiritual en la que se buscaba la fecundidad productiva del pensamiento. La lógica no se entendió como algo para ser creado, sino descubierto, y sus leyes existirían como un reflejo de la constitución humana, siendo expresión fidelísima del ser de la conciencia.

El psicologismo encontró un gran refuerzo para sus argumentos en la corriente psicológica del siglo XIX, teniendo entre sus representantes al alemán Teodoro Lipps, que retoma los asuntos de la lógica tradicional y efectúa una serie de observaciones un tanto dispersas que rectifican en parte y en parte afirman, al sistema de la tradición, acotando como nota preliminar el tipo de exámenes que se conocerían más tarde como "fenomenología del conocimiento"; es una toma de noticia más o menos aguda sobre el proceso psíquico cuyo planteamiento provino de la conjunción establecida entre dos ciencias, psicología y lógica, ocupándose ambas de un mismo hecho: el proceso del conocer. Como quiera que la psicología había estado fundada sobre bases endeble, su afirmación científica y particularmente empírica no podía menos que llamar la atención de los filósofos, provocando un psicologismo lógico igual que un psicologismo ético o estético; para cada uno se dio la misma justificación, que más tarde hubo de ser rectificada. Visto en retrospectiva, el psicologismo lógico es un infecundo injerto de lógica y psicología, el rebosamiento de la vieja tradición con un prólogo más o menos dilatado sobre cuestiones del alma. Las dos ramas del injerto se han desarrollado aisladamente y hoy subsisten cada una por su lado, la lógica como una teoría del pensamiento puro y la psicología como ciencia del pensar, manifestada en este caso como psicología del conocimiento.

Ahora bien, la confusión que aparece entre el sujeto de conocimiento y el acto del pensar (psicología y lógica) no admite una tercera disciplina. En el caso de la ontología se forma un triángulo con la lógica, la ontología, y un tercer vértice que ocupan las ciencias por las cuales se llega al conocimiento de las cosas, como son las "ciencias particulares". El ontologismo proviene de una confusión entre ontología (o metafísica) lógica y ciencias. Para comprender la intervención que ejercen esas tres ramas del saber acudiremos al entronque de la metafísica en el eje de la filosofía.

La confusión proviene de que ésta fue originalmente una doctrina del ser, imaginado en forma abstracta e independiente de la intervención cognoscitiva, como un "ser en sí" que adviene después de un proceso abstractivo en el cual se eliminan las notas empíricas que corresponden al ser en concreto. Motivo de la abstracción es obtener un punto de referencia inmutable en medio de la variedad que constata la experiencia real. El problema de la

metafísica fue caracterizar al objeto con absoluta universalidad, omitiendo las consideraciones del ser empíricamente dado. Al eliminar una a una sus notas particulares debía quedar —según este criterio— un ser en último grado de abstracción, independiente de la experiencia, una entidad esencial y absoluta que supere la mutabilidad inherente a lo empírico. La filosofía debió decir de él todo lo que pudiera afirmarse sin recurrir a la realidad, esto es, en forma puramente racional; la disciplina correspondiente fue llamada *ontología* —teoría del ser— o también *metafísica*, interpretada como algo más allá de las determinaciones físicas o empíricas. De tal modo, la filosofía principió siendo ontología; en torno a ella se han dado un sinnúmero de posturas que conculcan en el enfoque absolutista del objeto. Su examen y discusión corresponde a la historia crítica de la filosofía. Por nuestra parte, nos referiremos al conflicto que surge entre metafísica, lógica y ciencias particulares.

La disputa de la metafísica frente a las ciencias y el desfavor que éstas le ocasionaron, fue motivo suficiente para que los filósofos serios abandonaran la pretensión de llegar en abstracto al conocimiento del ser en concreto, vista la contradicción que ello suponía. Pero si las ciencias dan el conocimiento particular de la realidad, no parece que haya un obstáculo infranqueable para lograr el saber universal, lo que, por otra parte, va en perfecta concordancia con el propósito original de la filosofía. De ahí que la metafísica se proclamara como el conocimiento universal frente al particular de las ciencias, sin menoscabo de lo que pudieran ellas sostener. El antecedente está dado en las categorías aristotélicas, cuya generalidad parecía mantener el reducto ontológico frente a la polifurcación de la experiencia; la ontología ha querido ostentarse como fundadora y descubridora de los conceptos universales. La pregunta que mantiene es básicamente igual en todas las direcciones: ¿Qué es el ser en su forma última e irreductiblemente racional?

Empero, al contestar en términos de categorías y conceptos universales —sustancia, cantidad, cualidad, etc.— la ontología creyó obtener un conocimiento del “ser en sí” y en esta convicción ha seguido evolucionando por sus diversas rutas, de acuerdo con el sistema a que pertenece. Ahora bien, no obstante la aparente certeza con que se despliega en este camino, cabe indicar que los conceptos universales son ideas de la razón, aplicadas en calidad de formas a la experiencia sensible; no son entidades reales que correspondan al objeto en cuanto tal. Este hecho ha sido la preocupación de diversos sistemas, principalmente del nominalismo, para el que los conceptos universales son meros nombres sin verificación en la realidad, que contiene únicamente cosas singulares. La filosofía crítica ha refrendado la negación del absolutismo metafísico sin caer en el nominalismo, concluyendo que las categorías son recipientes formales donde ha de volcarse la materia empírica, y así como un recipiente cumple su función admitiendo un contenido, así también los conceptos universales desempeñanse al recibir el contenido

de la experiencia, que resultaría caótica y anómica sin la participación racional. Las categorías no son, pues, conocimiento, sino formas del conocimiento.

Como su origen es racional, ello les da el carácter de conceptos puros que atañen a la lógica, lo cual se demuestra porque no se comportan como si fueran entidades "en sí", poseyendo, en cambio, las atribuciones lógicas que corresponden a todo concepto. A reserva de comprobarlo ulteriormente, debemos concluir que una hipotética disciplina procedente a base de conceptos puros no reporta el conocimiento del ser; es una mera posibilidad que habrá de realizarse mediante la investigación científica. Su estudio corresponde a la lógica. La tarea inicialmente planteada por la ontología ha tenido que disolverse, por una parte, en las ciencias concretas, y por la otra, en la lógica. Al indicar y admitir la vigencia de cada una se evita la confusión que surge entre ontología, lógica y ciencias particulares.

La forma de darse externamente el conocimiento es por medio del lenguaje. Cualquiera que pretenda ser el conocimiento, deberá expresarse lingüísticamente, ya sean las observaciones del mundo exterior o las reflexiones que se vierten en la interioridad subjetiva. El pensamiento tiene que expresarse y sin ello no se ostentará como verdadero conocimiento.

Ahora bien, la expresión se realiza generalmente por medio de palabras, como uno de los recursos que puede emplear el lenguaje. El medio expresivo permite distinguir claramente al *pensamiento* en cuanto motivación subjetiva, del *conocimiento*, que involucra la expresividad; la lógica se remite al conocimiento y lo toma como objeto para sus desarrollos. De ahí podemos concluir que la lógica es una lógica del conocimiento expresado.

Pero si el lenguaje acompaña al conocimiento es porque expresar no es igual a conocer. ¿Qué es, pues, el lenguaje? Hay que mostrar su virtud esencial y distintiva, pues en ella se funda el resguardo contra la heteronomía gramaticista. Lo esencial del mecanismo expresivo radica en el empleo de signos perceptibles que se emiten para transmitir, por medio de la sensibilidad, una connotación previamente aceptada. Penetran en la conciencia interior y son captados por la significación que ellos mismos reportan. De este modo puede el lenguaje definirse como la transmisión de un símbolo por medio de un signo, indicando que el primero tiene la valencia interna y espiritual que el signo transmite de una conciencia a otra, constituyendo el instrumento de comunicación que realiza la propiedad lingüística. Entender un lenguaje equivale a desentrañar su significación; emplearlo es tanto como utilizar la virtud significante que corresponde a cada uno de sus elementos. Por otra parte, la innovación lingüística supone el descubrimiento de nuevas significaciones y, paralelamente, de nuevos símbolos, todo lo cual obedece a la necesidad interna del espíritu para comunicar sus vivencias.

El examen de esta propiedad objetiva conduce a interesantes problemas lógico-lingüísticos donde concurren variadas disciplinas que comprenden, pri-

mero, las de índole antropológica, predominantemente la psicología, y segundo, las de carácter formal, donde figura por excelencia la gramática. Un tercer tema es ofrecido por la lógica al pronunciarse en el doble aspecto de investigar la estructura del lenguaje y las relaciones que mantiene la expresión con el fondo conceptual de los significados. La notable influencia de la gramática —o las ciencias del lenguaje— en el temario de la lógica ha llegado a motivar una de sus principales corrientes. En esto último colinda con el error heterónimo que deseamos prevenir y en el cual ha incurrido frecuentemente una dirección lógica tan seria y prestigiada como es la logística.

Resumiendo, la relación entre lógica y lenguaje se expone en los siguientes puntos:

1. El mecanismo antropológico de la expresión ocupa a las ciencias del hombre —con la psicología en vanguardia— que reciben en conjunto el nombre de “antropología”.
2. La estructura lógica del lenguaje es abordada por la gramática pura, que se auxilia de varias ciencias conocidas genéricamente como “lingüística”.
3. La asimilación de las formas predicativas a la lógica implica el tratamiento de sus problemas conforme a la estructura gramatical —lógica formalista—.

El primer asunto da origen a la antropología del lenguaje; incluye una serie de estudios —etnología, sociología, geografía, economía, estética, etc.— que tienen como punto de referencia al hombre; de ahí que el examen directo y realista sea efectuado por la psicología que, en unión de las anteriores, integra la antropología del lenguaje, ocupando un sitio culminante en el campo de la ciencia natural. El segundo concierne a un capítulo de la lógica pura, a saber, la lógica del lenguaje; considera que la expresión está organizada científicamente para extroverter el mundo de las significaciones abstractas que se emplean en la vida actual, a diferencia de los lenguajes primitivos cuya rudimentariedad les hace insuficientes para tal propósito.

La cuarta de las posturas extralógicas refiérese al influjo que tiene el medio sociocultural en el conocimiento, dado que éste se produce en aquél. La presencia de ciertos factores en la generación del conocimiento influye en la comprensión de sus problemas, dando lugar a las ciencias sociales que se encargan de examinarlos, por una parte, como estudio autónomo en el significado de dichos factores en sí mismos, sobre lo cual no hay debate alguno, y por otra, en la subsunción del conocimiento respecto al factor determinante; en esto no tan sólo admítase el influjo que cada elemento ejerce en el acto del conocer, sino que quiere hacérsele depender a la forma objetiva y la validez del conocimiento, dando como resultado la subordinación de la lógica frente a la ciencia que estudia al factor correspondiente. Como el medio reporta condiciones sociológicas, de ahí se explica el rubro de *sociologismo* que recibe dicha postura extralógica.

Considerando que tiene varias modalidades, mencionaremos cuatro que han tenido especial acogida, obedeciendo al factor económico, al histórico, al antropológico y al sociológico propiamente dicho.

El primer tipo corresponde a la vinculación de la lógica con la sociología, partiendo de una consideración genérica sobre las relaciones que norman la convivencia social. La penetración de estas relaciones lógrase en el sentido metódico propio de la sociología, despojada de la atribución empírica que en calidad de mezcla multiloga se le atribuyó durante mucho tiempo. Esta suerte de relaciones implican la configuración estructural de la sociedad, por lo cual se llega a un basamento lógico que tiene por denominador común los conceptos primarios de la sociología. En ello se justifica la posibilidad de que existan otros vínculos que consideramos pertenecientes al ámbito social —económicos, políticos, históricos, éticos— sin llamarlos propiamente sociológicos. El problema sociometódico es definido mediante la dependencia general entre el hecho del conocer y las formas generales que norman la convivencia, llegando a la determinabilidad mutua que ejercen el pensamiento y el medio ambiente. La ciencia que explica este hecho es la *sociología del conocimiento*, revelando cómo influyen las condiciones sociales en la investigación y cómo esta última se traduce en actos e instituciones del medio. Aquí se albergan las polémicas que han ocupado buena parte de la sociología moderna, como también la dirección epistemológica que obedece a sus postulados.

El aspecto positivo de la relación entre conocimiento e historia encuéntrase en la posibilidad de una historia de las ciencias, que contiene la parte más valiosa del pensamiento. Se da a cada instante y en cada rama del saber, como una historia de las ideas científicas, políticas, artísticas, filosóficas, etc., y ha sido generalmente desenvuelta a través del criterio sociológico indicado, esto es, mediante la relación entre el hecho del conocer y las formas generales de vida que privan en la sociedad. Tal es la idea que dirige a la moderna historiografía, en la cual se ha trascendido la reseña escueta de los hechos para intentar su explicación en el plano de la intercondicionalidad sociológica.

El aspecto extralógico del historicismo tiende a limitar la validez de las teorías al tiempo en que se produjeron, considerando a la ciencia como una forma de pensar en su época. El modo general de ser y vivir sería determinante del pensar, y aunque la configuración del pensamiento en el tiempo es innegable, también lo es que dicha consideración recae en el terreno de las disciplinas sociales. La salvedad de este criterio frente a la lógica se obtiene admitiendo que las condiciones de vida pueden influir en la generación del conocimiento, pero la validez del mismo es independiente del período en que se produjo.

La investigación del sentido autónomo del pensar, con independencia de su mutabilidad histórica, atañe al desarrollo general de la lógica, aceptada

como una teoría de las funciones epistémicas a partir de la significación primaria del concepto.

Por último, el economismo es una dirección en la cual se ha mantenido vigorosamente el enfoque sociologista, adoptando el criterio económico para explicar al conocimiento. El aspecto heterónomo de dicha relación queda de manifiesto en el tipo de especulaciones que ha fomentado la sociología de tendencia materialista, especialmente la postura denominada "materialismo dialéctico", que en repetidos ensayos ha explicado la génesis y evolución del pensar en los términos económicos y políticos que le son predilectos. De acuerdo con esta dirección el pensamiento acusa variedad de formas debido a que los pensadores provienen de medio y clases sociales distintas, por lo cual se habla, por ejemplo, de una ideología proletaria junto a una ideología burguesa, de una ciencia capitalista al lado de una ciencia popular, o de una filosofía progresista frente a una filosofía reaccionaria. Lo que se puede aceptar en todo ello es la variedad de origen social que tiene la investigación, en correspondencia a la raíz económica de los hombres y el medio en que se desenvuelven. Pero el hecho de mirar a la ciencia con el prisma de la economía no equivale a penetrar en su validez o invalidez, tema que preocupa a la lógica. De esta suerte, no hay por qué evitar el pronunciamiento de tales investigaciones que, por lo demás, arrojan muy buena luz a la sociología del conocimiento. Ello no obliga a agotarse en esa perspectiva, que resulta demasiado estrecha frente a la complejidad de los problemas cognoscitivos. La economía desempeña un airoso papel estableciendo las mejores condiciones en la investigación, para los institutos y casas de docencia, cuyo funcionamiento reporta un problema sociológico. El inconveniente de adoptar esa postura consistirá en omitir el problema del valor, o creer que está contenido en el tipo de observaciones que conciernen a la economía política.

También relacionada con el sociologismo en su aspecto económico se encuentra una dirección que ha adquirido relevancia como resultado de la concepción tecnocrática que priva en algunos países de gran desarrollo industrial, a los que no interesa el problema teórico del conocer, sino la aplicación que pueda proporcionar para el fomento de las actividades prácticas. Esta aplicación entiéndese como "verificar a la ciencia", en un sentido que debe distinguirse suficientemente de la verificación teórica que tienen las leyes en sus respectivos objetos. El rubro de *pragmatismo*, otorgado a dicho sistema, explica el sentido de esta afirmación: la necesidad de una utilización práctica del conocimiento. De otro modo no se comprende cómo pueda sostenerse que la veracidad dependa de la aplicación que admita el conocimiento en el mundo de los objetos materiales.

Podría aceptarse el llamado que hace el pragmatismo para una vuelta a la experiencia; empero, entiende por ella a la experiencia inmediata y no a la experiencia funcional. Para enderezar una justa crítica al pragmatismo —y,

en general, al positivismo de toda especie— es indispensable acudir al concepto funcionalista de la experiencia, que otorga el criterio objetivo del conocimiento a la explicación de conceptos que convierten cosas reales en términos de relación al pensar, omitiendo la posibilidad de cosas “en sí”. Es posible defender el argumento del positivismo y su amparo en la experiencia sin limitarlo al estrecho lindero de la inmediatez fáctica, aceptada ingenuamente como realidad sensorial. El criterio de verdad acudirá a la verificabilidad empírica, sólo que más allá de la experiencia sensible, convirtiéndose en fundamento de la experiencia conceptual.

Concluyendo; la aparición de diversos problemas en el estudio del pensamiento motiva un conjunto de ciencias y permite las siguientes conclusiones:

1ª) Dichas ciencias dan origen a un problema propio que se define objetivamente según sus principios.

2ª) Este problema encuentra una localización particular en el tema del pensamiento.

3ª) La problemática de estas ciencias no debe confundirse con la netamente lógica, que se refiere a la verdad.

4ª) La autonomía del pensar subsiste por el tema esencial del conocimiento; es el valor obtenido por su verificación en el objeto, o sea por la verdad del enunciado.

MIGUEL BUENO